

LA BOLIVARIANIDAD

Por LUIS LOPEZ GOMEZ

(Con ocasión del XVII aniversario de la Universidad, su autor leyó el 15 de septiembre del año pasado, en la reunión de fundadores, el presente discurso).

¡Cómo parecen dichas para nuestro tiempo aquellas sentencias que don Quijote espetara a los cabreros! Hoy, más que nunca, el fraude, el engaño y la malicia se mezclan a la verdad y llaneza, y la justicia no se está en sus propios términos, que la menoscaban, turban y persiguen los del favor y los del interés. El materialismo ha crecido como destructora maleza y la vemos agostar con su nociva fronda todos los que debieran ser sanos frutos del espíritu. La eterna lucha entre el bien y el mal se ha hecho ciclópea, y nadie puede sustraerse al combate; quien lo intente sólo obtendrá a la postre una existencia sin sentido y una muerte sin honra.

Pero esta guerra a ultranza presenta a los hombres de bien la más grata oportunidad de armarse caballeros de Cristo y salir por los conculcados fueros de la religión y la justicia, fundamentos indispensables de la patria porque no basta acendrar íntimamente las virtudes y cultivar con beatífico deliquio la belleza de nuestro huerto interior. De nada sirve el artista que sólo perfecciona la pureza de su imagen mental, en tanto que el mármol yace en espera del cincel que lo exalte a la inmortalidad. Quien recibe diez talentos debe devolver ciento, y el que uno solo no puede ocultarlo con temores de avaro, que su deber es administrarlo y hacerlo reeditar. Hay que aventar a la generosidad de los surcos toda la semilla que seamos capaces de almacenar, porque delinquimos por omisión si dejamos podrir la simiente al abrigo de las trojes. Si como católicos debemos luchar por implantar el imperio de las doctrinas de Cristo, como patriotas estamos obligados a montar guardia insomne en todas las fronteras culturales de la nación, para que no se infiltren los enemigos que tratan de entregar la fortaleza a todas las

hordas de la disolución. Donde surja un error allí ha de estar alguien combatiéndolo sin cuartel.

Para no sustraerse a esta lucha de católicos y patriotas, hace diez y siete años que un puñado de muchachos, en función de sacrificio, se lanzó a la más grande aventura cultural de nuestro siglo. Fue así como surgió la Universidad Católica Bolivariana, bajo el signo de Cristo y los ideales de Bolívar; por eso la vemos acercarse a la inmortalidad creciendo, como se dice de Jesús en su infancia, en edad y sabiduría. No es ya aquel frágil organismo que pudiera habérsenos muerto entre las manos si las aunadas voluntades de dos preclaros levitas no le hubieran insuflado su aliento y vigorizado, con el divino auxilio, su estructura ósea. Firme ya como las rocas, como ellas crece por el fenómeno de yuxtaposición. A la Facultad de Derecho, que surgiera como una exótica reacción idealista entre la podredumbre del materialismo ambiente, se agregó más tarde la sección de bachillerato. El bolivariano tiene que serlo de corazón y mente y, para formarlo férreo, nada mejor que modelarlo tierno porque el crisol de los años vaya infligiéndole el necesario temple de tizona. Vienen luego la sección de comercio, el círculo obrero, la facultad de ingeniería química, y todas esas otras dependencias que la realidad me exonera de enumerar porque aporrear la conciencia con su protuberancia de los hechos cumplidos.

Observo que mi cariño de coautor me ha hecho hablar del cuerpo con ingrato e imponderable olvido de quienes han sido el soplo vivificante. Que el ángel de Isaías purifique también mis labios a fin de que puedan pronunciar, sin mancillarlos, los nombres para todos inolvidables del arzobispo Salazar y Herrera y Monseñor Manuel José Sierra. La amplia visión univesal del primero le hizo presente lo que hoy es magna realidad. Por eso prestó su patrocinio a la empresa que al común de las gentes parecía una locura estudiantil, hasta el punto de que alguien con visos de sabio llegara a calificarla de "una escuelita más de derecho". Perdónese me que una vez siquiera evoque al segundo con el nominativo filial con que solíamos llamarlo. Sólo humanizándolo es como viene a ser más íntimamente nuestro. Recordemos, pues, al padre Sierra. Voluntad de acero entre un físico que podría derribar al más leve oreo. Tenía que ser enjuto de cuerpo porque llevaba el sello de lo grande, que una gota de esencia compendia toneladas de jazmines. Su voluntad fue el eje sobre que hizo rotar la rueda veleidosa del éxito. Como el mago de algún dulce cuento infantil, tomó entre sus manos nuestro balbuceo de Universidad, fue con él a las jerarquías eclesiásticas, lo hizo ungir con el óleo de la divinidad y, así, untado de Dios, empezó a fortalecer aquel cuerpecillo que nuestro tesón había logrado hasta entonces sostener con apariencias de vida. En

sus manos creció y tomó fuerzas, y fue él el hábito que Dios infundió a nuestra creación. Qué sensación de vacío cuando le vimos en su féretro camino de la eternidad! Tan perdurable dolor sólo es compensado por el recuerdo inmarcesible de haber estado a su lado.

Dios estuvo una vez más con nosotros. Como aquellos reyes del pueblo hebreo a quienes Jehová iluminaba en la elección de sucesor, Monseñor Sierra encontró que a su diestra había tenido siempre un varón de inapreciables cualidades, que bajo sus hábitos de modestia escondía un corazón forjado en las mismas fraguas en donde se templara el suyo. No se equivocó en la escogencia porque la cumbre solo puede mirar a la cumbre. Desde entonces la mano suavemente férrea de Monseñor Henao Botero ha ido llevando con vista sagaz y pulso firme, sin dejarla desvalar un miligramo, la empresa que su antecesor emproara hacia la inmortalidad. Sojuzgo mi voluntad para que no obligue a la pluma a escribir el merecido elogio de quien es en la actualidad nuestro Rector Magnífico. Pero quiero dejar constancia de que si callo es porque puede más en mí el temor de ofender su modestia que el deseo a viva fuerza contenible, de resaltar sus actos y virtudes. Mas nada ha de impedirme que en este aniversario consigne brevemente el reconocimiento de la obra que en silencio ha realizado Monseñor Henao Botero. Como ex-alumno fundador os digo, insigne Rector Magnífico, en mi nombre y en el de mis compañeros, que estáis a la altura de Monseñor Sierra.

Veamos ahora si también nosotros hemos estado a la altura de nuestros maestros. La bolivarianidad es una actitud especial frente a la vida. Es una dignidad que imprime carácter e impone obligaciones sin conceder, en cambio, otro derecho que el de la íntima satisfacción por el deber cumplido. Ser bolivariano equivale a comprender que la vida es agonía en el exhaustivo sentido del vocablo unamunesco. Lucha ácida y perenne de la idea contra este materialismo avasallador que nos oprime cada vez más. Es restablecer el régimen del espíritu en la filosofía, en la ética, en la literatura, en el arte, en todas las manifestaciones de la vida. Es ser recto sin contemporizaciones; estudioso sin desmayo; católico sin claudicaciones; valeroso sin temeridad; combativo sin altanería; en suma, ser en la milicia de la existencia como aquel Bayardo que mereciera llamarse "el caballero sin miedo y sin tacha". Por eso digo que los deberes del bolivariano sólo terminan con la vida y eso que aun nos queda la obligación póstuma de legar a lo venturo esa cuantiosa herencia de virtudes. Que cada uno de nosotros contabilice sus actos y, de acuerdo con su balance interior, oriente la empresa de su vida a la obtención de un exceso de utilidades espirituales.

Y terminaré deteniéndome a la sombra de un recuerdo por los caídos en la jornada: Juan Evangelista Martínez, cerebro y nervio

de la Facultad de Derecho; Abelardo Tamayo, tan dentro de mi corazón como un golpe de sangre; Baltasar Uribe, flor del canto, agostado prematuramente como un lirio en primavera; Alcides Grau, con la alegría del mar regada en la oliva de su cuerpo; Francisco Cardona, cimera inteligencia al servicio de la más sana inconformidad; Manuel Betancur, primera promesa bolivariana que la muerte impidió madurar a cabalidad. Todos ellos montan en este día guardia de honor sobre el celaje y nos observan con sus ojos de estrellas. Que su memoria sea el dulceamargo para esta copa conmemorativa.